EL ESPAÑOL ANTE UN NUEVO MILENIO: LA PROBLEMÁTICA PENDIENTE

Hernán Rodríguez Castelo*
Academia Ecuatoriana de la Lengua

Hace veintitrés años, a esta misma acogedora tierra hermana de México, al “Coloquio sobre la lengua española en el mundo contemporáneo” con que la Academia Mexicana de la Lengua conmemoró sus primeros cien años de vida, traje ponencia impresa que tenía por título *El Español actual: enemigos, retos y políticas*. En ocasión de este undécimo Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, que, a punto de trasponer la cuchilla que cierra siglo y milenio y abrirse al intimidante horizonte de un nuevo siglo, ha invitado a las Academias de todo el mundo hispánico a reflexionar sobre esa terra incógnita que es para nuestro perplejo presente el futuro de la lengua en todo su vasto universo de hablas y textos, he pensado que valía la pena partir de ese informe que fuera conocido por académicos de todo el mundo.

* XI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, Puebla, México, 1998.

“En dos frentes –se proponía entonces– hay que librar singular combate por la personalidad del español, que garantizará su poder de comunicación pleno y su eficacia como vínculo de unión de nuestra comunidad lingüística”. Y eran dichos frentes, claro está, el gramatical y el léxico.

Y resulta que los allí identificados como los cinco grandes problemas que la gramática plantea a los usuarios reflexivos menos competentes de nuestra lengua se han mantenido los mismos, y, aunque de tan fácil solución para estudiosos y docentes –al menos cuatro de ellos–, para el hombre común de este vasto mundo hispanohablante han seguido siendo motivo de duda –y lo que confiere sentido al dudar es el riesgo de equivocarse–. Son esos cuatro problemas la concordancia, el “que” relativo, el gerundio y los regímenes verbales. Y el quinto, el de mayor dificultad teórica, la correspondencia de tiempos verbales –o consecución de tiempos–.

Resultan tan frecuentes –y a veces tan bárbaros– los usos aberrantes de estas piezas del sistema del español, que cabe tenerlos por los cinco mayores problemas gramaticales pendientes.

No ha lugar aquí el tratamiento ni siquiera somero de estos casos de vacilación idiomática –a los que he dedicado la casi totalidad del espacio dado a lo gramatical en mis libros de redacción periodística (*Redacción Periodística*, tratado, edición del CIESPAL, Quito, 1989, 2a. ed. 1998) y general (*Cómo escribir bien*, Quito, 1994)–. Pero parece oportuno en este recuento de problemática pendiente echar una mirada a dos de ellos.

En el régimen, el fenómeno más vivo es el reemplazo de regímenes castizos por regímenes ingleses. En la omnipresente televisión casi nadie dice “Te espero” o “lo esperaba” sino “espero por ti” o “esperaban por él”, groseros usos miméticos del inglés, que construye “wait for”. Otras veces la aberración está presidida por una de esas leyes consagradas por el vér-

tigo de producción, consumo y otros filisteos menesteres que arrastra a nuestras sociedades, la ley del menor esfuerzo. En virtud de esta ley, cuyo inevitable efecto es empobrecimiento, restan ya pocos que en el español actual “aspiran a”; los otros funcionan como aspiradoras. Un importante seminario ecuatoriano, que encabezaba nada menos que la vicepresidenta, se titulaba “El Ecuador que las mujeres aspiramos”!

Resulta, pues, tan oportuna como la de los dos primeros tomos a finales del siglo pasado, la aparición a finales de este del monumental *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* de Cuervo, completado de modo competente, aunque sin el genio de quien lo concibiera y pusiera en marcha. En esta obra está una auténtica suma de doctrina y casuística de la cuestión del régimen o construcción irregular en español; eso, en hora buena, se ha cumplido. Lo pendiente es crear canales de comunicación desde ese gran reservorio hacia los usuarios ajenos a disciplinas lingüísticas pero cuidadosos de manejar bien su lengua. Sin desconocer los empeños hechos —algunos valiosos— hay aún ancho campo para tentar nuevas y provechosísimas empresas. ¡Y ojalá algunas de ellas llegasen a quienes hacen los doblajes de series y películas para la televisión latinoamericana!

¡Y los dichosos tiempos verbales! Piénsese en un sencillo experimento. A personas llegadas a un curso de español urgente —periodistas y otros comunicadores, profesores y ejecutivos— se les pide responder por escrito a esa única cuestión: “Modos y tiempos del verbo en español”. Yo lo hago en cada uno de esos cursos y las respuestas dibujan una babel gramatical: los modos desde dos hasta seis y más; y en los tiempos confusísima combinatoria, sin que haya más respuestas iguales que las que se quedan en el elemental y prudente, pretérito y futuro.

Parece un juego, y si lo es, lo es serísimo y decisivo: sin saber de qué posibilidades dispone el verbo español —lo que al lingüista dice el paradigma verbal español—, muy difícil

reconocer el modo y tiempo que hacía al caso, y en tratándose del aprendizaje de otra lengua, el que equivalía a un modo y tiempo dado.

Sabido es que, dejado de lado el imperativo, que para el español de América es exótico y desagradable y que para quienes lo usan ofrece limitadísimas posibilidades, en español, desde que Bello con su singular genio analítico y sintético lo precisó, todo puede reducirse a un modo indicativo con cinco tiempo simples y cinco compuestos, en correspondencia temporal de anterioridad con respecto a los simples, y un modo subjuntivo con tres tiempos simples y los correspondientes compuestos. Uno de los tiempos de indicativo ha caído en desuso —el que Bello llamó antepretérito y la Academia pretérito anterior, que viene a decir lo mismo— y se lo conserva como posibilidad, acaso estilística, para no romper el paralelismo; y en el subjuntivo el futuro se ofrece como de uso cada vez más raro. Los otros trece tiempos verbales se usan, son necesarios, son a menudo indispensables, y quien no sabe usarlos adolece de penosa limitación en sus posibilidades expresivas temporales y del mundo de lo posible o hipotético.

Lo grave es que esta limitación, que se delata en groseras equivocaciones, sale al aire y llega a millones de hogares y recintos de toda América Latina, donde la gran mayoría de escuchas no están preparados para detectar, diagnosticar y remediar el mal.

Con muy pocos días de intervalo recojo, en un mismo canal de cable —que nos hace el inmenso servicio de pasarnos las veinticuatro horas al día cine— estas oraciones:

“En caso de que quieres vender” (filme “Promise the moon”, 14 de abril).

“Me sentía como si alguien nos estaba mirando” (el mismo canal, Cinemax, 20 de abril, 2 y 30 de la madrugada).

“Como si yo era repugnante” (filme “Living in Oblivion”, el mismo canal).

En los tres casos el subjuntivo se imponía:

“En caso de que **quieras** vender”

“Me sentía como si alguien nos **estuviese** mirando”

“Como si yo **fuera** repugnante”

Como para preguntarse: ¿Trátase de un primer indicio de que alguien piensa que puede hablarse en español sin el subjuntivo?

Sería una catástrofe perder el subjuntivo. La cosmovisión hispánica —española, por herencia griega— y americana —por herencia griega a través de España— divide lo que en el mundo puede decirse en acontecer o acción en lo real y en lo hipotético; en lo que es simple hecho temporal y lo que es decisión o apetencia o temor o duda humana. Para lo uno está el indicativo; para lo otro, el subjuntivo. Perder el subjuntivo sería mutilar esa cosmovisión. Y textos como los aquí recogidos —que pudieran multiplicarse y de los cuales muchos de los presentes deben tener su propia cosecha— nos enfrentan con tal mutilación.

A necesidades y amenazas como las aquí apuntadas ha de responderse con gramática. Hay que enseñar gramática. Que tal enseñanza ha de integrarse como parte menor de un sostenido ejercicio del lenguaje en sus usos básicos —hablar y escuchar, escribir y leer—; que esa enseñanza ha de ser mínima, realmente esencial y eminentemente funcional, de acuerdo. Estas son cuestiones de currículo y didáctica y competen menos a las Academias. Los que a las Academias corresponde es la política, que deberá traducirse en formulaciones netas y exigencias firmes.

Ello es que sin gramática no se logra ese dominio de la lengua que permite resolver con plena seguridad y clara conciencia dudas como las que estos cinco grandes problemas

que siguen poniendo en perplejidad a tantos usuarios de la lengua, comenzando por los periodistas —cosa de que dan fe los “manuales de estilo”—.

Las Academias de la Lengua Española de todos nuestros países, si en el siglo que está a las puertas han de ser fieles a su enseñanza —en eso, sobre todo, de fijar y limpiar—, deberán empeñarse en que todo hispanohablante sea equipado con el mínimo necesario de gramática. Los sistemas educativos de nuestros países que conozco están abiertos a procurar a sus alumnos tal equipamiento; pero deben ser ayudados, guiados, sostenidos. La Academia Ecuatoriana, a propósito de estas reflexiones, quiere entregar a las Academias hermanas una **Gramática elemental del español**, económica, sencilla, que muestra un aporte, así sea modestísimo, a esa ayuda y guía.

El léxico —que es el segundo frente de los dos dichos— no creo que deba tenerse para nuestra lengua como problema pendiente al voltear el siglo. Hallo que en el mundo hispanohablante se ha llegado a grandes acuerdos: el neologismo enriquece la lengua; pero no todo neologismo: no la enriquece el innecesario y gratuito, el minoritario y transeúnte, el que violenta morfología o fonética de la lengua. Se les reprocha aún a las Academias —y, en particular a la Española, responsable en última instancia del DRAE— que en el diccionario académico falta tal o cual palabra. Son reprochables de poca monta. Porque, si se trata de palabra de uso más o menos general en alguna región de la geografía idiomática de la lengua, el mero reproche aquel pondrá en movimiento el proceso que, de merecerlo, dará lugar a la palabra en el diccionario oficial.

Dados estos grandes acuerdos de política, las que se anuncian ingentes para los tiempos que estamos avizorando, son las tareas mismas de lexicografía. El vertiginoso avance de ciencia, técnicas, industria y mercadeo en inglés exige la fragua de vocabulario español para decir todo aquello, y habrá

que adoptar y adaptar o crear, y difundir todo aquel léxico nuevo de modo oportuno por todo el mundo hispanohablante. En tal tarea las Academias deberán estar intercomunicadas por los medios electrónicos que en la actualidad han casi borrado tiempos y espacios.

Y siempre puede tenerse como un problema pendiente llegar al diccionario ideal. La Academia Española ha dado el más claro testimonio de que lo tiene muy presente y muy vivo: es la **Nueva planta del Diccionario de la Real Academia Española**, que anuncia el avance hacia ese diccionario ideal —en la medida de lo posible— y le traza rutas certeras.

Que la lucha no era ya por la pureza del idioma, sino por la unidad, proclamó en el segundo Congreso de Academias, hace ya casi medio siglo, Dámaso Alonso. “Que la lucha por la ‘pureza’ del idioma pudo ser el santo y seña del siglo XIX, pero que hoy ya no puede ser nuestro principal objetivo: nuestra lucha debe ser para impedir la fragmentación de la lengua común. ¡Bienvenida la impureza, un extranjerismo, si se adapta a nuestras costumbres fonéticas y todos los hispanohablantes la adoptamos a una! “Unidad idiomática”: esa debe ser nuestra principal preocupación” dijo¹.

Y así ha sido: la unidad ha sido en las últimas décadas el gran empeño académico.

Pero el problema de la unidad no puede separarse del que Dámaso Alonso llamaba “pureza”, entrecomillando la palabra. La unidad solo puede construirse sobre cimientos mínimos pero sólidos de corrección idiomática; esos que se ha dicho precisa la gramática de la lengua y a los que debe atender una enseñanza gramatical esencial.

1. *Memoria del Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española*, Madrid, Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, 1956, p. 48.

Ahora bien, en esta sazón de pasar de un siglo a otro, he aquí que de pronto el problema de la unidad –que tanto angustió en el siglo XIX a los mayores lingüistas americanos, con angustia cuyos ecos son reconocibles en la protesta de Dámaso Alonso aparece superado. Al fantasma de la fragmentación del español lo han conjurado instrumentos que intelectuales como Bello o Cuervo no pudieron ni imaginar: redes de comunicación –la televisión, el internet, el correo electrónico, radio y radiotelefonía– han enlazado de tal modo nuestros pueblos que lo amenazado no es ahora la unidad sino lo poco que ha ido quedando de diversidad. Hasta los grupos humanos más aislados por la descomunal geografía americana han llegado los omnipresentes medios de comunicación masiva, y frente a los usos idiomáticos de esos medios, los locales han perdido vigencia y prestigio. A lo que se añade el acaso irresistible poder magnético ejercido por las grandes urbes. José Joaquín Montes, cuya opinión autorizan largos años de ejemplar trabajo de campo, lo ha denunciado: “La racha en apariencia incontenible de la urbanización ha llevado a que los viejos dialectos rurales o aldeanos estén también en trance de desaparecer, al desintegrarse las comunidades que los hablan y al quedar inmersos en la vida de las metrópolis donde, a pesar del marginalismo, aumentan las posibilidades de la educación niveladora y la exposición a los medios de comunicación masiva”².

Y en esta hora, disuelto el fantasma de la fragmentación idiomática del español, el que se alza amenazante es otro: el del empobrecimiento de la lengua. Este es el gran problema del español para el siglo XXI y los que le seguirán.

Porque esas redes de comunicación, buscando acceder a todos los rincones y a todos los estratos sociales y económicos,

2. José Joaquín Montes G., “El Español de América en el siglo XXI”, En *El Español de América hacia el siglo XXI*, I, Santafé de Bogotá, Caro y Cuervo, 1991, p. 138.

han reducido su uso de la lengua a fragmento mínimo del ancho y espléndido espectro idiomático del español, y ello lo mismo en lo léxico que en lo gramatical. Han llegado a una “lingua franca” que funciona con no más del medio millar de palabras —menos del uno por ciento del caudal de la lengua— y con repertorio gramatical cada vez más rudimentario.

A veces se preguntan maestros de nuestra América por qué los jóvenes le han perdido el gusto al *Quijote*, obra acaso la más sabrosa y divertida que se haya escrito en nuestra lengua. La respuesta más simple y exacta es esta: porque no lo entienden; de las primeras páginas no pasan porque sencillamente no entienden lo que leen.

Y no apuntemos tan alto: hasta textos mucho menos ricos y menos antiguos que la historia del ingenioso hidalgo exceden sus posibilidades de inteligencia; no se diga de disfrute, porque lo que no se entiende, ¿cómo puede disfrutarse?

Terrible círculo vicioso está a punto de cerrar sus implacables tenazas: no se leen o escuchan textos de alguna riqueza idiomática porque esa riqueza los hace arduos de entender; y, como no se leen o escuchan textos de alguna riqueza idiomática, no se produce el enriquecimiento que haría posible la inteligencia y aprovechamiento o disfrute de esos textos. La literatura es la áurea reserva del banco de la lengua. Pero, ¿qué será de una literatura sin lectores?

Este proceso de empobrecimiento —que se da de modo acelerado—, ¿es irreversible? ¿Ha de tenérselo por dolorosa fatalidad sin que haya modo de pararla?

No lo creo. Nuestros niños son susceptibles de enriquecimiento idiomático. Nuestros adultos, aun los de más pobre caudal idiomático, se interesan por la palabra cuando se sabe interesarlos.

Pero sobre todo los niños y la escuela son la clave.

En los hogares de la inmensa mayoría de nuestros niños no hay posibilidad alguna de enriquecimiento idiomático: apenas se conversa, casi no se lee y la casi totalidad de lo que se oye es la televisión. Pero la escuela sí puede hacerlo. Países como Ecuador han centrado su reforma educativa en la lectura: en hacer lectores, buenos lectores, lectores inteligentes, lectores críticos. Ello es camino hacia el enriquecimiento idiomático, a la vez que lo requiere: el enriquecimiento idiomático es condición y clave de cualquier enriquecimiento o afirmación intelectual.

Si estos análisis —aquí someros; por otros lados más amplios y razonados— son justos, los problemas pendientes del español al dar el paso a un nuevo siglo y milenio parecen ser pocos y de simple enunciación. Pero requerirán —lo avizoramos— de enormes esfuerzos para manejarlos y convertirlos de riesgo intimidante en reto apasionante y jubilosa empresa. A planteos nítidos de política y decisiones firmes habrán de seguir acciones sostenidas, coordinadas tanto entre las Academias entre ellas como entre ellas y las instituciones nacionales culturales y educativas, y, en general, sin distinción, de cuantos, en academias o fuera de ellas, en entes de cultura o a su margen, creemos que el español, nuestra lengua, es nuestro máspreciado patrimonio, el vínculo de unidad entre estas patrias hispanoamericanas y el instrumento más poderoso de nuestra personalidad y grandeza en el nuevo milenio.

Los problemas, que quiero ver como retos, en suma, parecen ser:

- procura de corrección idiomática, como condición de comunicación eficaz y propia en todo el mundo hispanohablante;

- y, para ello, universalización de una formación gramatical esencial y funcional;
- y oponer al implicable empobrecimiento de la lengua firmes decisiones de enriquecimiento y emplear para cumplirlas todo el prodigioso instrumental de comunicación de que dispone ya la sociedad postmoderna y va a traspasar todo el vivir de la sociedad del nuevo siglo.